

N.º 3 diciembre 2016

POÉTICAS

Revista de Estudios Literarios



POÉTICAS

Revista de Estudios Literarios



ÍNDICE

Págs.

[ESTUDIOS]		[ENTREVISTA]	
Manuel Apodaca Valdez		Santiago Espinosa	
MAQROLL EL GAVIERO	5	137 PAUL MULDOON	
Verónica Leuci		[POEMAS]	
HUMOR Y POESÍA	31	147 RICHARD BLANCO	
[ARTÍCULOS]		[RESEÑAS]	
Nicolás Fernández-Medina		José Angel Araguz	
REALITY, IDEALISM, AND THE		155 TRAVELERS AID SOCIETY	
SUBJECT/OBJECT DIVIDE	59	Raúl Vallejo	
Alessandro Ghignoli		159 DE ARTES Y OFICIOS	
LA LENGUA PERFORMATIVA DE		José Enrique Martínez	
LLANOS GÓMEZ MENÉNDEZ	85	165 POESÍA SOY YO	
Antonia Tatiana Torres Agüero		Mabel Cuesta	
LA NACIÓN EVOCADA	101	171 SOBRESALTO AL VACÍO	
María Gracia Rodríguez Fernández		Normas de publicación /	
EL USO DE LA INTERTEXTUALIDAD		175 Publication guidelines	
EN WYSTAN HUGH AUDEN		183 Orden de suscripción	
Y JAIME GIL DE BIEDMA	119		

Raquel Lanseros y Ana Merino

Poesía soy yo. Poetas en español del siglo xx (1886-1960)

Visor: Madrid, 2016.

POESÍA SOY YO. POETAS EN ESPAÑOL DEL SIGLO XX (1886-1960)

José Enrique Martínez

Universidad de León

jemarf@unileon.es

La poesía escrita por mujeres disfruta cada vez mayor visibilidad en un mundo en el que lo masculino ha venido rigiendo secularmente el pensamiento, las costumbres, el arte y la literatura. En lo referente a la poesía parece que solo la soledad del convento arropaba en siglos pasados la expresión libre y rebelde de la mujer (Santa Teresa y Sor Juana Inés de la Cruz, por ejemplo). Mucho se ha avanzado en el hecho de dar cuerpo a

la escritura femenina (hablamos de Occidente), pero aún hay espacio para hacer que las voces de las escritoras, de las poetas (término que suele preferirse al tradicional de «poetisa» como reacción frente al desprestigio secular de las escritoras) resuenen en un ámbito, el de las antologías, acogedor de voces masculinas en muy alta proporción, como atestiguó María Rosal en su investigación titulada ¿Qué cantan las poetas españo-

las de ahora? Poesía y poética, 1970-2005 (2007). Como consecuencia, el canon de la poesía española y en español siempre ha adolecido de la ausencia de mujeres poetas, reducidas a un mínimo para salvar cierta cuota. De ahí la necesidad de las antologías de género que, en paralelo a las antologías generales, desautomaticen el canon consabido, lo amplíen y acaben construyendo otro equitativo. Reflotar las voces silenciadas, hacer visibles y audibles las palabras de la mujer poeta es aún una reivindicación precisa, aunque no pueda soslayarse una tradición antológica que no quiero remontar aquí más allá de 1985, con *Las diosas blancas* de Ramón Buenaventura. Llegaron después *Ellas tienen la palabra* (1997), de Noni Benegas y Jesús Munárriz, *Ilimitada voz. Antología de poetisas españolas 1940-2002*, de José María Balcells, *Poetas españolas de hoy* (2004), de María Rosal y S. K. Ugalde, *En voz alta. Las poetisas de las generaciones de los 50 y los 70* (2007), de Ugalde, y *Trato preferente. Voces esenciales de la poesía actual en español* (2010), de Balbina Prior, al lado de la admirable labor de Torreozas, la

editorial de Luzmaría Jiménez Faro, y de investigaciones y estudios que sirven para ahondar y difundir una escritura aún necesitada de altavoz.

En este ámbito hay que situar la nueva antología elaborada por dos mujeres poetas de ascendencia leonesa, Raquel Laneros y Ana Merino: *Poesía soy yo. Poetas en español del siglo xx (1886-1960)*, título derivado del célebre aserto de Bécquer «poesía eres tú». Precede a la selección un prólogo lúcido, justificativo y reivindicativo en el que no puedo detenerme. La antología alberga las voces de 82 mujeres poetas del siglo xx nacidas entre 1986 (Delmira Agustini, uruguayana) y 1960 (Ana Istarú, costarricense): poetisas de uno y otro lado del Atlántico, porque una es la lengua en la que escriben. Del asunto hay alguna escasa tradición anterior, como puede comprobarse repasando la bibliografía que las autoras, Laneros y Merino, incluyen tras el prólogo. De los 82 nombres de la antología (introducida cada poeta por una breve referencia biográfica -biografía literaria primordialmente- y la mención de sus libros publicados), 28 son

españoles y 54 de las distintas naciones de Hispanoamérica; un tercio, por lo tanto, de poetas españolas. México, Uruguay, Chile, Argentina y Cuba son las naciones americanas que más aportan, con cinco o seis poetas en cada caso. ¿Hispanocentrismo? Las antólogas conocen mejor, sin duda, el panorama español, de Lucía Sánchez Saornil (1895-1970) a Blanca Andreu, con poetas insoslayables, como —por citar algunos nombres— Ángela Figuera, Carmen Conde, Elena Martín Vivaldi, Gloria Fuertes, Julia Uceda, María Victoria Atencia o Clara Janés. Adivinamos el esfuerzo de reunir y valorar las voces de aquí y de allá, resultando imposible citar aquí todas las poetas de una antología que se acerca a las mil páginas de poesía. Encontramos, naturalmente, nombres universales, como Gabriela Mistral, premio Nobel en 1945, nombres afamados hoy, como Gioconda Belli o, entre nosotros, Blanca Andreu, y nombres que, dependiendo del lector, rozan las fibras más sensibles. A algunas de las poetas deseo referirme con brevedad, siguiendo el orden cronológico de la

antología e intentando definir mínimamente sus voces, sean españolas o americanas.

Una de las primeras, en cualquier sentido, es Alfonsina Storni y su afirmación de mujer libre que le pide al «hombre pequeño»: «ábreme la jaula que quiero escapar». Ángela Figuera muestra una conciencia crítica y sangre maternal; Elena Martín Vivaldi, «elenamente triste»; la boliviana Yolanda Pedregal, fuerza, rebeldía y dolor por los desfavorecidos; la ecuatoriana Lydia Dávila, de la que nada se sabe, autora de un solo libro de vuelo apasionado, *Labio en llamas* (1935); Eunice Odio, costarricense, vigorosa, en un legaje cuyo efecto de extrañeza coopera en la eficaz recepción estética; Idea Vilariño, uruguaya, voz sustancial, escueta, desolada y apasionada; leve en la forma, pero firme en el concepto, intensa en su desnudez retórica, con una visión inquietante de la vida acompañada del dolor, con íntima rebelión contra el destino del ser para la muerte; del espléndido grupo uruguayo son también Ida Vitale, con poesía ensimismada, precisa y bella, y Amanda Berenguer, «capaz de

transformase en cada nuevo libro sin renunciar a su principio de identidad», como ha escrito un crítico; Olga Orozco, argentina, cuya frase «asir lo inasible y expresar lo inexpresable» sintetiza acaso el afán de una poesía de amplia perspectiva, ritmo solemne y demasía retórica; Fina García Marruz, cubana, sobre cuya obra versó una tesis doctoral defendida en la Universidad de Granada en este año 2016; en la «Carta a Antonio Machado», presente en la antología, traza un hermoso retrato humano y moral del poeta sevillano; las voces apremiante y vigorosa, respectivamente, de la nicaragüense Claribel Alegría y la mexicana Rosario Castellanos; las españolas -apenas aludidas por la crítica cuando se habla de la generación o grupo del 50- Julia Uceda (1925), Angelina Gatell (1926), que expresa bajo el símbolo de la sombra las amenazas que se ciernen sobre la vida personal y social; y, entre otras más, María Victoria Atencia (1931), de voz depurada y actitud serena a lo largo de una obra muy poblada, y muy premiada y atendida por la crítica; Ileana Espinel, ecuatoriana, que muestra la validez

poética de la «poesía social» y de palabras como «suburbio», «pobreza», «libertad», al igual que la cubana Nancy Morejón, a cuya voz vigorosa une un punto de viva emoción; Alejandra Pizarnik, poeta de culto, con la extrañeza, entre otras virtudes, como valor poético; pertenecerían a la celebrada generación del 68 española Clara Janés (1940), finura, delicadeza, unión de ciencia y poesía, Juana Castro (1945) y Ana María Moix (1947), cuya obra «novísima», sin apenas desarrollo posterior, ha sido, a mi entender, sobrevalorada, y Ana Rosetti (1950), la más próxima a la palabra desinhibida, provocadora y ágil de las poetas americanas; echamos de menos, indudablemente, a Olvido García Valdés, «invitada a participar», según leemos en el prólogo; más jóvenes son Esperanza Ortega, Isla Correyero y Blanca Andreu. De Colombia es María Mercedes Carranza, «signada por lo confesional y expuesta de una manera desgarrada», según escribió otro poeta de su país, Ramón Cote; Diana Bellessi, argentina, aporta nuevos ritmos sorprendentes reclusos en la horma de un verso aparentemente tradicional; La

limeña Carmen Ollé escribe una atrevida poesía corporal, carnal, con afirmación veraz de la sensualidad y la sexualidad femeninas en solo dos libros espléndidos y singulares; un erotismo crudo caracteriza, asimismo, a la chilena Cecilia Vicuña; nicaragüenses son Gioconda Belli (1948) y Daisy Zamora (1950); la poesía de la primera goza de muchos reconocimientos por su palabra vigorosa cuyo fondo es el Amor, con mayúscula: a la vida, al cuerpo, al hecho de ser mujer, a su patria...; el tema de la segunda es la mujer (revolucionaria, sufridora...) con formidable capacidad para hacernos partícipes del dolor, el trabajo y los horizontes negados a la mujer de aquí y ahora. Podríamos seguir citando nombres, incluso alguno que no está en la antología. Es inevitable. Toda antología responde, al menos, a dos hechos: el conocimiento de la materia, que en Lanseros y Merino es sobresa-

liente, y el gusto particular de las antólogas, que puede coincidir o no con los del lector particular.

¿Es posible extraer alguna caracterización del conjunto de las voces de mujer, a lo largo de un siglo de poesía? 1) Tanto en América como en España, uno de los temas tradicionales de la poesía, la naturaleza, ha desaparecido casi por completo: hoy la poesía expresa sentimientos y vivencias de asfalto, no de tierra; 2) Es una poesía «corporal», una poesía en la que el cuerpo cobra entidad, reivindicándose sus humores, sus dolores, sus fiebres eróticas, y donde el sexo reclama su espacio y sus derechos; 3) Es frecuente la presencia familiar, singularmente -infancia y memoria- de los abuelos; 4) Persiste el interés por transmitir un pensamiento, acaso más que una subjetividad sentimental; 5) Libertad verbal y vuelo imaginativo, más patente en la poesía del otro lado del Atlántico.